

Las fatigas, la pesadumbre, acaso también alguna enfermedad, contraída, como la de Alejandro, en las pantanosas y malsanas llanuras de Babilonia, quebrantaron su robusta constitución. Llegó sin embargo á Antioquía, donde se dispidió de su ejército; pero no pudo pasar de Selinonte en Cilicia, donde murió el 10 de agosto del año 117.

Dejaba en el seno del Oriente el rescoldo de un futuro y formidable incendio; y muy luego estalló en Chipre y en Cirene una tremenda sublevación de judíos, cuya señal hubieron de dar, al parecer, sus correligionarios de la Mesopotamia (1); y sucesivamente fueron volviendo las recientes conquistas á sus antiguos dueños.

Una vez más, como en tiempo de Craso y de Antonio, se convencía el imperio romano de la imposibilidad de extenderse más allá del Eufrates y de aquella línea de desiertos que separa dos mundos. El mismo Occidente estaba agitado á lo menos en sus extremos. Los mauritanos fatigaban el África con sus incursiones: los bretones se removían en su isla y los sármatas amenazaban las provincias del Danubio.

He ahí en qué estado dejaba Trajano el imperio. Y la historia juzga de los reinados por sus resultados, como del árbol se juzga por su fruto.

Había querido renovar la política conquistadora de la república y de César, política que habían abandonado Augusto y sus sucesores. ¿Hizo bien? Sí y no: sí, en cuanto á la expedición de la Armenia y la conquista del país de los dacios; no, en cuanto á las de Babilonia y Tesifonte. Muchas veces hemos expuesto las razones que debían detener en el curso superior del Eufrates y del Tigris la frontera del imperio. Ir más lejos de esta línea era ir contra

la naturaleza de las cosas, que es la mayor de las fuerzas.

No era ya lo mismo en el Danubio. Trajano á quien importaba mucho despertar el espíritu militar de los romanos, hizo bien en conquistar el país de los dacios; pero hubiera debido acabar esta grande empresa, clavando sus victoriosas águilas á la otra parte del Teis y en Bohemia.

Entonces el imperio hubiera encerrado en sus fronteras todo el valle del Danubio y poseído la cadena de montañas que se extiende casi sin interrupción desde las cercanías de Maguncia hasta las costas del mar Negro, por el Tauno, ya fortificado, por los montes de Franconia, de Bohemia, de Moravia y los Cárpatos.

Dueño ya de esta gran línea de defensa, replegando sus fuerzas en las provincias situadas en la parte posterior, multiplicando en ellas con cálculo estratégico los puestos militares y las colonias de veteranos y desarrollando al otro lado de los montes la vida romana con las relaciones del comercio y el contagio moral del ejemplo, hubiera resistido más tiempo el imperio los asaltos y agresiones de la barbarie.

Pero estas ventajas no hubieran hecho ruido y Trajano quería la gloria tempestuosa de la conquista, siquiera efímera; quería capitales páticas y una expedición émula, competidora, rival de la de Alejandro.

Terminemos, sin embargo, la historia de este gran reinado con el voto que, después de Trajano, formulaba siempre el senado al advenimiento de un nuevo emperador: «¡Pluguiera á los dioses que fueras más feliz que Augusto y mejor que Trajano!» La Edad media recogió este pensamiento y Dante puso á Trajano en su Paraíso.

## CAPÍTULO LXXX

ADRIANO (117-138).

### I.—COMIENZOS DEL REINADO.—FORTIFICACIÓN DE LAS FRONTERAS.

Primo y pupilo de Trajano (2) Adriano fué educado con esmero, según el mejor sistema de educación del tiempo, acaso en Atenas, donde se apasionó tanto por la literatura de este país, que se llamaba el *Gréculo*. Aun se cree que tuvo á Plutarco por maestro. De espíritu curioso, quiso conocerlo todo: la medicina y la aritmética, la geometría y la música, la astrología judiciaria y los misterios de las iniciaciones religiosas. Estudió todas las filosofías, inclusa la de Epicteto, de la que gustaba, sin seguir por eso sus consejos; hizo cuadros y estatuas, versos y prosa; pero es probable que su pintura corriera parejas con su poesía, de que quedan algunas muestras. Estos variados estudios no le habían dado en las letras un juicio sano: prefería Antímaco á Homero, Catón á Cicerón, Ennio á Virgilio, bien que consultara como oráculo seguro las *suertes virgí-*

(1) Bien puede colegirse de un diploma militar de Domiciano que ya bajo su reinado había habido fermentación en la Palestina, puesto que en el año 86 envió tropas á aquella región y retuvo también sobre las armas á los veteranos.

(2) Publio Elio Adriano. Su familia originaria del Piceno era de Itálica en España, pero él había nacido en Roma el 24 de enero del 76: su madre era de Cádiz y su abuelo Marcelino había sido el primero de su casa que llevara la laticlavia senatorial. Las inscripciones dan siempre *Hadrianus*.

*lianas*, y se pudiera temer que teniendo un gusto falso en literatura, no tuviera mayor acierto en política, si no se supiera que los grandes escritores son con frecuencia pobres hombres de Estado, y que Richelieu ponía á Chapelain por encima de Corneille.

Todos le echan en cara, aunque sin dar pruebas suficientes, su vanidad y celos respecto de los hombres superiores, defectos con que un príncipe no hace nada bueno, y ya nos convenceremos de cómo Adriano hizo grandes cosas. Lo más seguro es que aquel literato de dudoso gusto poseía todas las cualidades militares que un príncipe puede utilizar en la paz, porque como emperador no tuvo que mostrarlas en la guerra; y gobernó bien, como quiera que el imperio le debió veintidós años de prosperidad.

Era Adriano hombre muy gentil de su persona y sobre esto inteligente y afable. Como Francisco I, inició él la moda de dejarse crecer la barba para ocultar cicatrices que tenía en la cara. Así, cuando en la galería de los bustos de los emperadores, se estudia esa fisonomía original que parece no pertenecer á la raza de los Césares, se espera encontrar en su reinado una historia extraña ó nueva. Su cabeza inclinada como para escuchar mejor, sus ojos de mármol, cuya mirada es aun tan penetrante, sus labios entreabiertos que parecen respirar la vida, revelan al hombre que no quería que se sustrajera nada á su vigilancia ó á su curiosidad. Los contemporáneos sintieron ante él la

misma impresión que nosotros; y para exponer sus doctrinas nósticas, que penetraban entonces en muchos espíritus y en todos los cultos, el autor desconocido de un libro famoso mucho tiempo en Oriente (las *Sentencias* de Secundo) imaginó un coloquio entre el príncipe que deseaba saberlo todo, y el filósofo que pretendía todo revelarlo.



Matidia (Busto del Capitolio)

Obtuvo uno á uno los grados de la jerarquía: fué vigintiviro, tribuno legionario, cuestor (101), cargo que le abría el senado, tribuno del pueblo, pretor, legado legionario, en fin, cónsul, algunos meses antes de la edad legal (1). Siguió á Trajano en todas sus expediciones y se mostró duro en la fatiga y bravo en el peligro; pero además intrépido en la mesa, lo cual era otra manera de hacer la corte al príncipe. Encargado del mando de las legiones de Panonia, impuso á los sármatas el respeto de su nombre, á los soldados el de la disciplina, y la moderación á los agentes del fisco.

Trajano le había hecho casarse con Sabina, hija de Matidia y nieta de su hermana Marciana, casamiento que acercaba aun más al poder á su pupilo, que venía á ser así sobrino suyo.

Después de algunos combates felices en la segunda guerra dálica, le envió el anillo de diamantes, que él mismo había recibido de Nerva en el momento de su adopción, y lo puso en estado de hacer honor á los cargos que le había conferido: sus liberalidades, por ejemplo, permitieron á Adriano dar al pueblo, durante su pretura, fiestas y juegos magníficos. Finalmente confiando en su talento de escritor, como en su habilidad política, lo encargó de redactar los discursos imperiales pronunciados ante el senado, y que Licinio Sura había compuesto hasta entonces. Estos favores eran más que promesas; y el segundo consulado y el gobierno de Siria fortalecieron las esperanzas de Adriano, que además contaba con la emperatriz, cuyo afecto ayudó

(1) Era el *cursum honorum* ordinario. La lista de sus títulos es más completa en la inscripción del C. I. L., tomo III, núm. 550, encontrada en Atenas, en el teatro de Baco. Mommsen propone los datos siguientes: para el tribunado, 105; para la pretura, probablemente 107; para la legación de Panonia Inferior, 108. Su primer consulado ha podido fijarse por medio de un diploma militar recién descubierto, en el año 108, es decir cuando Adriano apenas tenía treinta y dos años, y se necesitaban treinta y tres para estar dentro de la regla. Trajano tenía treinta y ocho cuando recibió las fasces.

mucho á su fortuna y la decidió en el último momento.

Se pretendía que Plotina había arrancado al emperador moribundo la adopción de su sobrino; otros hasta creían que jamás se había hecho semejante adopción, y el padre del historiador Dion Casio, que fué gobernador de Cilicia en el reinado de Marco Aurelio, refería á su hijo que las cartas dirigidas por Plotina al senado para hacerle saber la elección del nuevo príncipe eran supuestas. Un hombre, se decía, colocado en el lecho de Trajano, había declarado con voz moribunda en medio de la oscuridad que adoptaba á Adriano por hijo y por sucesor.

Los pobres espíritus con quienes hemos de entendernos ahora para informarnos de la historia de aquel tiempo gustan de buscar en cosas pequeñas la causa de los grandes acontecimientos, que de ordinario no se encuentran en ellas. Así, aquel gobernador que sabía tanto de una intriga necesariamente muy secreta, me parece haber recogido, medio siglo después del suceso, en las murmuraciones de alguna provincia lejana, un cuento hecho para los amigos de las aventuras maravillosas.

Pero esta narración, como tantas otras que se hicieron cundir por un sistema de maledicencia, cuyos motivos apreciamos, no puede prevalecer contra la verosimilitud. Trajano debió legar el imperio al que en sus conversaciones íntimas designaba por sucesor suyo: habíase franqueado al confidente de todos sus pensamientos, á Licinio Sura, que repitió la confidencia, y para facilitar á su sobrino la sucesión al principado, hubo de retirar su gracia á los que habrían podido hacerle estorbo, entre otros, á dos senadores, Palma y Celso, que muy pronto conspirarán contra el nuevo emperador.

Desde la muerte de Sura, era Adriano el hombre del imperio que tenía más de cerca á Trajano por los lazos de la sangre, por los honores de que se le había investido y



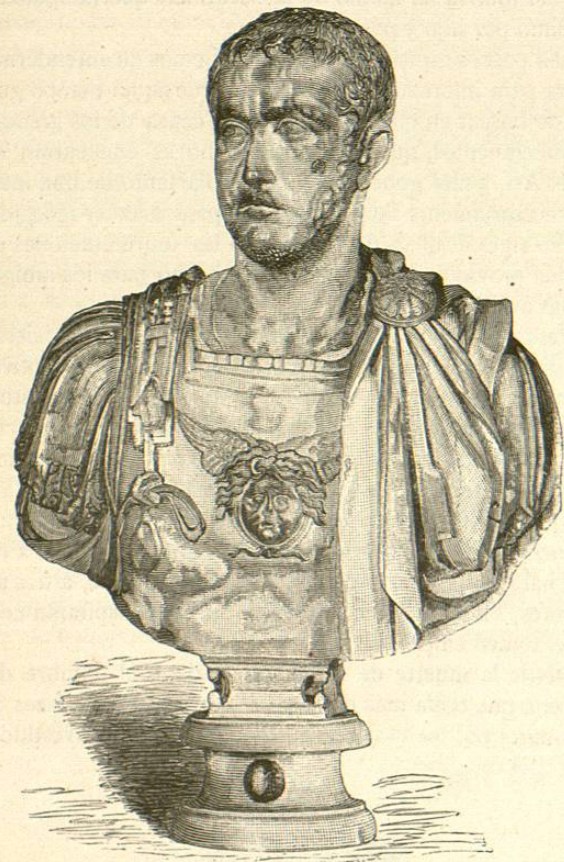
Marciana (Busto del Capitolio)

por los poderes que se le acababan de conferir con el mando del ejército más numeroso y de la provincia más importante. Elegir otro sucesor, después de haber despertado tantas esperanzas y puesto tantas fuerzas en manos del interesado, hubiera sido decidir la guerra civil, y no se tiene el derecho de imputar esta falta á Trajano.

Si el acto de adopción escrito en Selinonte no se hizo

en Antioquia, es porque repugnaba á Trajano, mientras no se había desesperado de sus fuerzas, aparecer necesitado, como Nerva, de un colega más joven para calmar las sediciones: por otra parte, deseoso hasta el último momento de considerar al senado, no había querido proclamar á su heredero sino en el seno de esta asamblea, á la cual se acercaba cuando lo atajó la muerte.

En cuanto á la idea de que desdendiendo el cuidado de designar heredero, se había propuesto Trajano imitar á



Adriano con coraza (Museo de Nápoles, núm. 14)

Alejandro, sin tener como él la excusa de la juventud que permitía al héroe macedón largas esperanzas, es otra puerilidad que no debe atribuirse á un hombre de espíritu tan firme (1).

Por lo demás, la tardanza en arreglar la sucesión imperial no fué menos peligrosa, pues la tremenda conjuración que amenazó á Adriano desde el año 119 reconoció por causa la manera de deslizarse al poder, en las sombras y por mano de una mujer, en vez de haber entrado en él con la cabeza alta, presentado por el glorioso emperador al senado, al pueblo y al ejército.

Adriano supo en Antioquia la muerte de su tío por un despacho que se adelantó dos días al correo oficial; cosa que se comprende sin necesidad de suponer un misterio (9 y 11 agosto 117). Hubo pues tiempo de prepararlo todo

(1) Se ha dicho también que el amor maternal de la severa Plotina para con Adriano provenía εἰς ἐρωτικῆς φιλίας (Dion, LXIX, 1, 10). Contra esta acusación protestan la edad de Plotina, su reputación, atestiguada por Plinio (*sanctissima femina*), por las medallas (Cf. Franke, *op. cit.*, p. 29, 34, y Cohen, t. II, p. 90), por el mismo Dion, que olvida, LXIX, 1, lo que ha dicho LXVIII, 5; en fin, por el autor del *Epítome*, XLII, que dos siglos después la honra como la digna compañera de Trajano. Se ignora la fecha de su nacimiento, pero se sabe que se había casado con Trajano mucho tiempo antes del advenimiento de este príncipe. Murió en 129. Vopisco (*Aur.*, 14) cita la adopción de Adriano por Trajano en la enumeración de las adopciones imperiales.

para un éxito al fin y al cabo cierto. Su procedimiento fué muy sencillo: á los soldados prometió un doble donativo (2); á los senadores escribió la carta más modesta. Los unos no eran más capaces de resistirse al dinero que los otros á buenas palabras sostenidas por siete legiones; cada uno tomaba su parte y todos se daban por satisfechos.

Adriano había vivido mucho tiempo en los campamentos. ¿Iba á continuar el belicoso reinado de su predecesor? Nada de eso: Augusto sucedió otra vez á César, el genio de la administración al de las conquistas.

En efecto, mientras se llevaba solemnemente á Roma la urna de oro que contenía los restos del héroe y el senado votaba en honor del príncipe muerto la apoteosis, un templo y juegos párticos, Adriano abandonaba el país que Trajano había creído conquistar atravesándolo. De las cuatro provincias recién formadas en Oriente, Armenia, Mesopotamia, Asiria y Arabia, no conservó más que una, la última, por estar fuera del alcance de los partos. Era prudente traer las águilas romanas aqueude el Eufrates y tomar por esta parte la antigua frontera; pero fué una falta renunciar á hacer de la Armenia la inexpugnable muralla que este país en manos de Roma habría sido para las provincias orientales. La Armenia volvió á la incierta dependencia en que había estado siempre respecto de los dos imperios que la rodeaban.

Se ha hecho cargo á Adriano de haber querido con esta conducta empañar la gloria de su predecesor; sin embargo, se tenía tal convencimiento de la vanidad de estas últimas expediciones, que no se levantó el menor murmullo contra la nueva política; y cuando volvió á Roma á mediados del año 118, fué recibido con las aclamaciones de costumbre. Hasta quería el senado que celebrara en su nombre el triunfo votado para su predecesor. Pero Adriano rehusó prestarse á esta doble injusticia, y se llevó triunfalmente la estatua de Trajano al templo de Júpiter; lo que era demasiado, pues no había obtenido en la guerra pártica ventajas duraderas.

En cuanto á la insurrección judía en Chipre y á orillas del Nilo y en Cirene, ahogó Adriano los últimos restos; pero esto no fué sino una gran medida de policía: la represión de tumultos, que sobre el terreno parecían formidables, y de los cuales ni siquiera se hablaba en Roma.

Los soldados recibieron su donativo y el pueblo el suyo; primero tres monedas de oro (75 francos) y después de la conjuración de Nigrino, un doble congiario. Italia fué dispensada de suministrar oro coronario, las provincias sólo suministraron una parte, y el tesoro hizo condonación de los atrasos que se le adeudaban de diez y seis años atrás.

Respecto de los senadores, observó Adriano la misma conducta que Nerva y Trajano: asistía regularmente á sus sesiones, y en la curia, en el palacio y todas partes les prodigaba muestras exteriores de consideración y deferencia.

(2) El día del advenimiento del emperador equivalía para el príncipe á un día de triunfo; y como los generales republicanos distribuían á los soldados, cuando entraban en Roma en el carro triunfal, una parte de su botín de guerra, cuando el imperator iba al Capitolio á dar gracias á los dioses por haberlo elegido, distribuía al pueblo y á los soldados una parte de los tributos de las provincias.

(3) Trajano y Adriano dándose la mano. Reverso de un denario (Cohen, núm. 52).



Moneda conmemorativa de la adopción de Adriano (3).

Había renovado el juramento de no condenar á ninguno de ellos á muerte; completó el censo senatorial á todos los que lo habían perdido sin culpa, y prohibió que ningún miembro del alto cuerpo apareciera ante jueces que no fueran de su orden. Un día que vió que uno de sus esclavos se paseaba entre dos senadores, envió á otro á darle un bofetón para enseñarlo á conocer la diferencia que había entre él y los que podían venir á ser sus amos.

Cuando recibía á los senadores se mantenía de pie, recordando que César había dado cómplices á sus asesinos por no dignarse tener este miramiento con los miembros del senado. Admitió á los más distinguidos de ellos entre los que se llamaban entonces los *amigos ó compañeros* del príncipe y que más tarde se designarán con el título de *condes*; honró á muchos con dos y aun con tres consulados; enviaba á la curia los más importantes negocios, en vez de despacharlos en su consejo privado, y prohibió apelar al emperador de los juicios del senado; decisión muy lisonjera para los Padres y nada peligrosa para el príncipe, que no tenía que temer que la curia dictara nunca una sentencia contraria á su parecer.

En señal de tan perfecta unión entre los dos poderes hizo Adriano acuñar medallas, que representaban á Roma contemplando al Genio del senado y del príncipe, que se daban la mano; otras tenían la leyenda *Libertas publica*, con la imagen de la Libertad llevando el cetro y el gorro frigio. El *imperator* desaparecía detrás del *princeps senatus*, y se confirmaban estas exterioridades republicanas con declaraciones en el mismo sentido. «Quiero, repetía á menudo, quiero gobernar la república de manera que se reconozca que es el patrimonio del pueblo y no el mío.» Hablaba así, sin convencer á nadie, por supuesto. El consular Frontón, amigo de Marco Aurelio, confesaba más tarde que había tenido mucho miedo de Adriano; pero nadie exigía que fuera de otro modo, estando todos de acuerdo en contentarse con palabras.

Gustaba de administrar justicia, y en los casos ordinarios, llenaba en todo tiempo y lugar, como nuestros antiguos reyes, sus funciones de juez, sentado en su tribunal y en medio del público. Una mujer lo detuvo un día en la calle para someter su causa á su juicio; pero él rehusó oírle allí y la despidió. «¿Para qué eres emperador?» exclamó la mujer. El emperador la escuchó entonces.

Para la instrucción y el juicio de las causas graves, se rodeaba de los magistrados más eminentes, de los senadores más distinguidos y de los más célebres jurisconsultos, que agregaba á su tribunal de justicia pidiendo para ello autorización al senado, petición que era también un homenaje prestado al orden *amplísimo*. Así en la primera conspiración que se formó, mostraron los Padres su celo en defensa del amigo del senado.

La conspiración era peligrosa, pues tenía por jefes cuatro consulares, personajes de cuenta en el ejército y en Roma. ¿Por qué se había formado tan pronto esta conspiración? El día siguiente de su advenimiento, tenía Trajano un panegirista, como si hubiera realizado ya muchas cosas memorables; y apenas llega á Roma su heredero, cuando encuentra ya asesinos.

Era que Adriano, mantenido por su tío en una media oscuridad que se aumentaba con todo el esplendor de la gran figura del conquistador de la Dacia, no era aun conocido sino como un ingenio elegante y desde su advenimiento no había tenido ocasión ni tiempo para mostrar la energía que impone la obediencia ó la resignación. Trajano, antiguo general de renombre, había inspirado desde os comienzos de su reinado respeto y temor á la vez: su

sucesor, al principio no se imponía con nada; ni faltaba quien dijera que el *elegido de Plotina*, no merecía el puesto á que lo había elevado la astucia. Y los jefes militares que habían atravesado los Cárpatos ó pasado el Tigris desdeñaban al *Greulo* infatuado con todas las ciencias de la escuela, cuyo primer acto de gobierno había sido el abandono de las últimas conquistas. La conspiración debe de haber sido la reacción del espíritu militar del último reinado contra el espíritu civil del reinado nuevo. Dos generales destituidos, Cornelio Palma, el vencedor de los árabes, y Lusio Quieto, el mejor capitán del ejército de Oriente, fueron el alma de la conspiración. El primero que de antigua fecha era enemigo de Adriano, había caído en desgracia de Trajano, y el segundo, moro de origen, inquieto y violento de genio, hubo de ser expulsado del ejército, pero recobró luego el favor de Trajano con importantes servicios en las guerras de Dacia y de Oriente. Recibió de este príncipe el título de pretor, las fasces consulares y en el momento de la sublevación de los judíos de Egipto el gobierno de la Palestina, sin duda con el de la Arabia también para impedir que la rebelión cundiera á las provincias orientales (1). Adriano que tenía su turbulenta ambición, lo había relegado al principio en el oscuro gobierno de Mauritania; pero luego lo removió á consecuencia de nuevas intrigas que habían agitado esta provincia.

Lusio y Palma, envejecidos en los mandos, no tenían, aunque consulares, sus hábitos en Roma, y necesitaban, para obrar en la ciudad, ponerse en relaciones con hombres influyentes en ella. Con esto, otros dos consulares, Publio Celso y Avidio Nigrino, se asociaron á sus designios. Del primero no sabemos nada, como no sea que había obtenido por segunda vez el consulado en el año 113 antes del segundo consulado de Adriano. En cuanto á Nigrino, era persona de cuenta, aunque joven, como quiera que Trajano hubo de darle en Acaya una de esas misiones extraordinarias que no se confiaban sino á personajes importantes, y Esparciano que escribía la biografía de Adriano, con las *Memorias* de este emperador á la vista, asegura que el nuevo príncipe, cuyo matrimonio era estéril, había pensado en este personaje para la sucesión al imperio.

Pero Adriano sólo tenía cuarenta y tres años y gozaba de muy buena salud: la espera hubiera sido pues larga, y Nigrino, á quien Esparciano llama peligroso intrigante, *insidiator*, debió de pensar que abreviaría con una conjuración.

A estos cuatro consulares se agregaron muchos otros sujetos incapaces de resistirse á la tentación de maquinarse en las sombras alguna empresa de revolución y de sangre. Sus mayores no habían dejado de obrar así en tiempo de los Flavios, sobre todo de los Julios, y algunos de ellos habían quedado fieles á esta tradición de sangre, en tiempos de Nerva y de Trajano. Cada época tiene su enfermedad moral que proviene de las instituciones ó del estado social: nuestros caballeros de la Edad media necesitaban guerras privadas; los nobles de Enrique IV y de Luis XIII duelos, como necesitan motines y tumultos los agitadores modernos. Para los ociosos del senado, la mayor distracción y el negocio más serio era una conspiración.

Convínose, pues, en matar á Adriano, ya durante uno

(1) Dion, LXVIII, 32. Una tradición rabínica pone á Quieto en relaciones con dos judíos de Alejandría, que habían ido á Palestina á propagar la insurrección. Derenbourg, *Hist. de la Palest.*, p. 406. Pero me veo obligado á decir que la historia de Quieto, según las fuentes udías, está en desacuerdo con la que dan las fuentes romanas.